



CRÍTICA
SERGI
SÁNCHEZ

Acortando distancias



'Alguien como tú'

Nick Hornby
Editorial: Anagrama. Traducción:
Mauricio Bach. 346 pág. 19,90 €

Nick Hornby domina los resortes de la *romcom* como nadie. Sabe que, para que una comedia romántica funcione más allá de sus estereotipados hábitos, la diferencia es lo primero. La relación entre Lucy y Joseph acumula tantas diferencias —de raza, de edad, de clase— que parece concebida para ser símbolo de algo, lo que tampoco es muy frecuente en el género. Lo más fácil sería entender *Alguien como tú* como una metáfora de una Inglaterra dividida, lo que explicaría por qué está ambientada en los alrededores del referéndum del Brexit.

En ese esquema político-amoroso Hornby intentaría comprender ese país enfrentado por la perplejidad (de los que se quieren quedar) y la rabia (de los que quieren escapar), poniendo sensatez y empatía en un escenario que deja claro a quién votó ese aciago día de junio. Tal vez tenga razón cierta crítica británica, que ha acusado al autor de *Alta fidelidad* de no aportar gran cosa al debate brexitiano, que, en la tierra de Boris Johnson, está tan gastado como el *procés* en Catalunya o el precio de la luz en toda España, pero el resto de europeos



Nick Hornby.

agradecemos que alguien nos recuerde que el mundo está loco en todas partes, y que hay gente de bien que se enamora a pesar de ello. A pesar, en fin, de lo que parecen diferencias irreconciliables.

De todos modos, sigamos con la distancia. ¿Cómo salvarla para que los amantes no sean pasajeros? No es aquello de que los extremos opuestos se tocan, es simplemente

un escritor que tiende puentes, que sabe que las diferencias solo se ven desde la comunicación. No hay muchos que escriban diálogos como Hornby, en eso estaremos de acuerdo, y era difícil no caer en tópicos condescendientes al hacer hablar a un joven dependiente de una carnicería, tanto como no caer en tópicos pedantes al hacer hablar a una profesora de literatura y jefa

de departamento de un colegio con dos hijos y un exmarido en proceso de desintoxicación. La novela alterna sus dos puntos de vista buscando una equidistancia que resulta productiva para el lector, en la medida en que las dos voces están construidas y se expresan desde la inteligencia y el sentido común.

Podríamos afirmar que las dificultades con las que se topa esta relación que se consume pasadas las cien páginas son las que cualquiera de nosotros podríamos predecir. La presión social y familiar, el qué dirán, el desfase generacional, los microrracismos, a los que se añaden las fricciones triviales que se producen entre dos personas que viven su amor desde una complicidad más intelectual que física, y que piensan demasiado en la fecha de caducidad de una relación que manifiesta sus debilidades cuando sale de la zona de confort de lo doméstico. Por previsible que resulte, *Alguien como tú* encuentra su fuerza narrativa en la capacidad comunicativa de Hornby, en la calidez y la verdad con que retrata situaciones que todos hemos vivido o podríamos vivir en el mundo de la pareja, al margen de si este convive con el Brexit o con el miedo al cambio climático. ■

Joan Monfort

las letras niponas—, Matsumoto no tiene ninguna prisa en alcanzar el clímax de la trama. No obstante, una vez superado, nos atrapa entre sus páginas hasta un final en el que cualquier desenlace es posible.

A pesar de que encontramos un par de aspectos que pueden no convencer del todo al lector contemporáneo, es incuestionable el dominio del autor de la gestión del tiempo y de la construcción de suspense. La influencia del análisis del mundo laboral, el respeto por las jerarquías o la importancia del estatus social que aportaba un determinado puesto de trabajo, son elementos que podemos detectar en autores actuales tales como David Peace en *Tokio Redux* o Hideo Yokoyama en *Seis Cuatro*. Un referente de la literatura de misterio japonesa que es un lujo que podamos leer en castellano. ■



'Un lugar desconocido'

Seicho Matsumoto
Editorial: Asteroide. Traducción:
Marina Bornas. 256 pág. 17,95 €



CRÍTICA
MARTA
MARNE

La culpa como condena

Tsuneo Asai es el encargado jefe del departamento de Alimentación del Ministerio de Agricultura y Silvicultura. Durante un viaje de negocios a Kobe, recibe la noticia de que su esposa, Eiko, ha fallecido de un infarto. Hacía tiempo que no estaba bien de salud, pero la tardanza en que le comuniquen el suceso y el emplazamiento de su muerte hacen que Tsuneo no acabe de aceptar que todo ha sido fruto de la casualidad. Así que no tardará en descubrir que no conocía a su mujer tanto como se creía.

Un lugar desconocido es la tercera novela que Libros del Asteroide recupera de Seicho Matsumoto, un escritor calificado como el Simenon japonés. En ella, reflexiona sobre la culpa y cómo esta puede llegar a convertirse en nuestro peor castigo. Con una primera mitad de transcurso reposado —un ritmo muy propio de

PERIFÉRICOS Y CONSUMIBLES

Metaverso: montaña de azúcar

Desconocía yo que Mark Zuckerberg era poeta o teórico de la cosa poética. Ahora resulta que, abandonada toda esperanza en el verso y sin encomendarse ni a la postpoesía *malléutica* ni al postverso virtual, el millonario y filántropo del Chip y Chop se aparece como un Guardián Rescatador y nos muestra su última invención: el metaverso. Imagino que con gran dominio del algoritmo —qué otra cosa es la poesía sino algo de ritmo—, de la *aritmética* y de la cadena trófica, *estrófica* y *catastrófica* en la que él se queda al final, para su buche y para su buchaca, con las sustancias nutritivas de toda la comunidad biológica.

Eso del metaverso suena como a metaficción. Como cuando alguien dice aquello de «mi vida es un poema».

Suena a versolari *larilari eh* de Xuxa o de Suchard. Sale el CEO de más cara que espalda y dice que hay que inventar una nueva realidad de ficción, que esa es su meta (no recuerda que el metaverso es el metaolvido, y que nosotros hemos llegado antes). Que él es el verso suelto de las corporaciones y que nos va a recitar un soneto «pero cortito». Parece que ha leído Mark el relato de DFW *La muerte no es el final* en una breve entrevista con hombre repulsivo. El relato del poeta de poetas, «lomás parecido a un inmortal literario que vive hoy en día» ataviado con un bañador seco Speedo de talla XL. Quizá Mark no sabe que para crear un metaverso «se re-

quieren la aurora y el poniente». Pero tal vez Mark conoce la viñeta de Máximo con la imagen de un barbudo delineado y con pendiente que afirma «soy el poeta de una multinacional», y lo ha fichado con contrato indefinido y con seguro médico y dental.

Se preguntó Gadamer —no era el primero, si nos ponemos platónicos— allá por 1990 «¿tiene el poeta aún un cometido en nuestra civilización?». Y querría Mark que todos nos adentráramos en su metaverso como siervos de la *glocalidad* soltando la letanía aquella de «cuanto tengo confieso yo deberos». Mark domina el metaverso y sabe que este nos hará más felices, según le parecía a Cristóbal de Mesa: «Es la poesía imitadora/de la naturaleza en

todo próspera». Mark sabe que «las riquezas del poeta están en su poesía, /su poder lo alberga en sus dos manos», como escribió Schwartz (no Suchard). Mark cena en DiverXo o en StreetXo o en MetaverXo cuando viene a Madrid después de acompañar a José Andrés a entregar sopa de menudillos y bocatas de mortadela como donativos digitales para *homeless*. El metaverso zuckerbergiano no nos salva, pero nos mantiene entretenidos gracias a su antología paulatina. El metaverso es una montaña de azúcar. ■

JAVIER GARCÍA RODRÍGUEZ

